

# Un *magic kingdom* urbano: «Marseille Provence 2013: capital europea de la cultura»

Traducción de José Bellver y Olga Abasolo

*La operación «Marseille Provence 2013, capital europea de la cultura» ya ha conseguido apoyo unánime. No entre todos los marseilleses, pero sí entre quienes hablan en su nombre. La Cámara de Comercio no oculta el objetivo perseguido –su presidente lo es también de la Association Marseille-Provence 2013–; los promotores del devastador proyecto urbanístico Euromediterráneo se han convertido en los propagandistas más entusiastas del evento: a la oligarquía local y sus secuaces, vulgares “artistas” de pro, se les hace la boca agua ante la simple evocación de la palabra “cultura”. Este es el consenso que inaugura una nueva forma de gobernanza.*

¿D e cuándo data la *festivización*<sup>1</sup> del espacio público como componente cada vez más extendido de las políticas urbanas en Francia? El inicio de este giro “lúdico” se remonta al inicio de los años ochenta del siglo XX cuando el ministro de Cultura “socialista” Jack Lang puso en órbita la fiesta de la música. A esta iniciativa se sumó una circular inter-ministerial (de los Ministerios de Cultura, Interior y Defensa) emitida en 1998 que marcó un hito en este sentido y en la que se reconocía la dimensión cultural del “sonido” y se autorizaba una manifestación anual, tan masiva como ruidosa: la “technoparade”.<sup>2</sup> El año 2002 también supuso el inicio de otra etapa tras el mediático lanzamiento de Paris-Plage,<sup>3</sup> una operación del Ayuntamiento de París,

Alèssi Dell'Umbria  
es ensayista

Jean-Pierre  
Garnier es  
sociólogo urbano

<sup>1</sup> *N. de los T.*: Término con el que el ensayista francés P. Muray describe la *fiesta* como estadio terminal post-histórico, como eterno presente donde se disuelven todos los venenos de la negatividad y de las contradicciones.

<sup>2</sup> *N. de los T.*: La *technoparade* es un tipo de festival o desfile en el que a lo largo de un recorrido determinado circulan vehículos equipados con altavoces y amplificadores en los que pinchan distintos “disc-jockeys” de música tecno.

<sup>3</sup> *N. de los T.*: Paris-Plage fue una iniciativa organizada por el Ayuntamiento de París en 2002 para convertir uno de los tramos de las orillas del Sena en una zona peatonal con un espacio con arena y tumbonas y chiringuitos, donde se organizan diversas actividades de ocio al aire libre. Esta iniciativa se ha extendido posteriormente a otros puntos de la ciudad.

que se repetiría los siguientes años y que varias ciudades francesas y extranjeras, como Berlín, Bruselas, Budapest, Praga o Tokio retomaron después. Desde entonces los “eventos” de vocación lúdica no han dejado de multiplicarse, confirmando la orientación deliberadamente festiva plasmada en la promoción de las ciudades, tal como la Fête des Allumés (Fiesta de los locos) en Nantes, la Fête des Lumières (Fiesta de las luces) en Lyon, Lille 2004, y en 2006, “Bombaysers de Lille” a la espera de “Lille XXL-2030”.

Frente a este fenómeno, la neutralidad axiológica no está justificada. Criterio que cabría aplicar también a los investigadores, a pesar de su pretendido cientificismo y objetividad. El análisis de los ensayos que abordan esta cuestión revela, en efecto, dos posiciones posibles. La primera, mayoritaria, es la adhesión por principio a esta orientación lúdica, al margen de las reservas expresadas sobre su puesta en marcha o sus resultados. La segunda, minoritaria, se basa en el escepticismo, es decir, en una crítica de fondo que cuestiona el significado político de la importancia cada vez mayor que se otorga a la puesta de la ciudad en la escena turística por parte de sus gestores, que conlleva la desposesión de sus habitantes tras la aplicación de iniciativas venidas desde arriba y de allende.

La operación «Marseille Provence 2013, capital europea de la cultura» ya ha conseguido apoyo unánime. No entre todos los marseleses, pero sí entre quienes hablan en su nombre. Y eso que la Cámara de Comercio no oculta el objetivo perseguido –su presidente lo es también de la Association Marseille-Provence 2013–; los promotores del devastador proyecto urbanístico Euromediterrannée se han convertido en los propagandistas más entusiasmados del evento: a la oligarquía local y sus secuaces, vulgares “artistas” de pro, se les hace la boca agua ante la simple evocación de la palabra “cultura”. Este es el consenso que inaugura una nueva forma de gobernanza.

## **La cultura frente a la globalización: ¿un arma o una coartada?**

La promesa de una programación cultural continua para el año 2013 garantizaba oportunamente una vasta iniciativa de normalización urbana, de la que podemos ya medir sus efectos destructivos en los barrios populares de Marsella. Todo el mundo veía con buenos ojos lo que pasaba a ras del suelo, pero al tiempo alzaba la mirada hacia la parusía cultural prometida para 2013, fingiendo no ver lo evidente: que ese pseudo-evento será antes que nada un acicate para Euroméditerranée –o el urbanismo de destrucción masiva de los barrios populares marseleses– y, en un sentido más general, para la política urbana orientada a alzar a Marsella al rango de “metrópolis competitiva” en el marco de libre competencia sin tapujos entre las capitales regionales del capital.

Primera lección que cabe extraer: en los países “occidentales”, la cultura parece haberse convertido en nuestra época en uno de los principales mecanismos de gobierno de las poblaciones. Ahora bien, tal vez haya llegado el momento de poner en duda el papel en que esta se encuentra envuelta. El carácter vago, indefinido y de comodín de la palabra “cultura” es la garantía de su eficacia, de su capacidad para producir fuertes impactos políticos que actúan con suavidad. Más allá de su función económica –incluir la “creación” en la producción de plusvalía– la cultura o más bien lo “cultural” a lo que los poderes públicos y privados la han reducido, se ha convertido en uno de los paradigmas más preciados en las sociedades carentes de ideales y utopías susceptibles de abrir vías al porvenir. De ahí mana su función ideológica: re-encantar un presente sin perspectivas con la ayuda de artefactos a menudo burlescos y siempre irrisorios. Los festejos programados para Marseille-Provence 2013 participan precisamente de esta voluntad de inyectar una aparente calidez en el universo helado de reproducción social en el que nos hemos adentrado hace ya varios decenios tras la erradicación –esperemos que provisional– de alternativas emancipadoras.

---

### Primera lección que cabe extraer: en los países “occidentales”, la cultura parece haberse convertido en nuestra época en uno de los principales mecanismos de gobierno de las poblaciones

---

El “imperativo cultural”, la “democratización de la cultura” remiten así a un régimen de gubernamentalidad,<sup>4</sup> por retomar un concepto de Foucault. Existen otros tantos: el “securitario” (gobierno a través del miedo), el “sanitario” (gobierno a través del “principio de precaución”), el memorial (gobierno a través del “deber de la memoria”, de la “patrimonialización”), el “gestionario” (gobierno a través de la regulación). También la cultura es una forma de gobierno, entendida como dispositivo que, en el mejor de los casos, sustituye a la acción política y, en el peor, la desactiva.

## ¿Qué es lo “público”? Una multitud sentada y no un pueblo en pie

¿Cómo? Se trata de una multitud, algo que se parece a un pueblo, pero sin serlo, porque es una multitud espectadora y protagonista, que permanece sentada físicamente, a menudo y, psicológicamente, siempre. No se trata de un pueblo movilizado que actúa, se agrupa y

---

<sup>4</sup> *N. de los T.*: Gubernamentalidad o conjunto de instituciones, procedimientos, etc., que permiten ejercer una forma compleja de poder cuya meta es la población, la economía política su forma principal de saber y su instrumento, los dispositivos de seguridad. Los sujetos juegan un rol activo en su propio autogobierno por lo que necesitan ser regulados desde dentro.

organiza colectivamente en torno a una reivindicación o en contra de algo, o que se opone a los poderes establecidos a nivel local, nacional o transnacional, y que es portador, en la teoría y en la práctica, de una alternativa al orden existente de las cosas –en su globalidad o en un ámbito particular–; que es portador de otros mundos posibles aunque solamente fuera en estado embrionario o virtual.

Lo cultural apunta más bien a fabricar sujetos en dispositivos y disposiciones de acuerdo a los cuales lo propio es instalar a las personas en su lugar, satisfacerlas para evitarles cualquier desplazamiento, cualquier movimiento incontrolado e incontrolable. Lo cultural, es decir, la cultura instrumentalizada y falsificada por los poderes establecidos, apunta a ofrecer un mundo de extraños, los unos de los otros –cuando no hostiles– como el mundo de las apariencias en el que vivimos en sociedad.

El filósofo Jacques Rancière define el momento político como «el momento en el que surge lo imprevisible, en el que se producen desplazamientos». Lo cultural emplaza y mantiene algo en su sitio, lo político lo desplaza.

Como todo mercado, el cultural supone la libertad de elección individual. De ahí el elogio de la “diferencia” o de la “diversidad” que reaparecen incansablemente en el discurso culturalista, que corre parejo con el rechazo de toda oposición, de todo disenso, de toda conflictividad posible. Como la religión, la cultura tiene poder aglutinador. Pero el ecumenismo religioso incluye a la vez que excluye; se supone que la cultura debería ser garante de la tolerancia y la apertura. De hecho, la cultura pone en valor las diferencias porque son la fuente de una infinita renovación de los productos. Al mismo tiempo, vuelve toda diferencia insignificante, aniquilando toda contradicción, mezclando y agregando hasta el infinito algo que es heterogéneo. Esta obsesión por aglutinar, esta preocupación por la supresión de las divergencias –que culmina en el festival– son propias de una sociedad fragmentada, obsesionada por sus fracturas inenarrables que la atraviesan y por la descomposición que la amenazan.

La capacidad aglutinante, propia de la cultura, tiene un tremendo potencial político que pasa sobradamente desapercibido al quedar sumido en el ambiente de alegría convenida que acompaña al anuncio de tales “eventos”. ¡Qué poder encierran, en efecto, estos eventos planificados por las autoridades capaces de producir tales concentraciones de personas sin que pase nada! Mientras que la dispersión de una multitud, tras una manifestación o incluso un partido, siempre es problemática para los responsables de mantener el orden, el público de un espectáculo cultural se desvanece tranquilamente tan pronto como este termina.

La cultura que antiguamente adornaba lo burgués, como todos sabemos, se ha ido “democratizando” poco a poco a partir de la segunda guerra mundial, a través de la ense-

ñanza secundaria y de los medios de comunicación; era preciso acercar la cultura a un pueblo, susceptible de complacerse en diversiones desprovistas de sentido, como las series, la televisión, el fútbol, etc. Como si la auténtica cultura popular herencia de varios siglos pudiera reducirse y reabsorberse en la cultura de masas difundida por los mercados.

---

La capacidad aglutinante, propia de la cultura, tiene un tremendo potencial político que pasa sobradamente desapercibido al quedar sumido en el ambiente de alegría convenida que acompaña al anuncio de tales "eventos"

---

Lo que llamamos "cultura" constituye un vasto ámbito indiferenciado en el que circulan productos especiales, de prestigio, que se distinguen de los demás. Dichos productos tienen ese rasgo de especial con respecto a la masa de productos industriales, y se les supone dotados de sentido. Porque hay que hallar un sentido allí donde la experiencia viva del individuo abstracto –separado de los demás, que caracteriza a la sociedad burguesa–, está totalmente desprovista de él. La cultura constituiría así la esfera en la que dicho individuo puede dotar momentáneamente de sentido, no tanto a su vida como a su impotencia de vivir de una manera distinta a la que impone la alienación.

Para la antropología clásica la cultura era una manera de dar cuenta de la existencia de otros mundos, de una infinidad de mundos distintos, y de decir que la universalidad de la experiencia humana residía en esta infinidad. Pero, simultáneamente, implicaba reducir estos mundos a las categorías del pensamiento occidental; nadie hablaba de cultura en unos mundos en los que el sentido estaba estrechamente ligado a la experiencia común y al lugar en el que se habita. Es más, antropólogos y etnólogos descubrirían ese mundo a medida que avanzaba la colonización de los territorios, y por tanto, la destrucción de sus modos de adaptación.

## **"Es popular todo aquello que no es oficial"**

Hemos creído en un primer momento, a lo largo de los años setenta del siglo pasado, los años de la "contestación", que podíamos oponer a la noción de "la cultura", en su sentido elitista y burgués, la noción de "cultura popular". Con ello, fundamentalmente medíamos sus limitaciones. Para enfrentarnos a la cultura institucional queríamos armarnos de la alteridad de las culturas orales, de aquellas que no dejan o dejan pocos rastros patrimoniales y que no tienen sentido más que en la relación directa entre los protagonistas. Pero solo recurría-

mos a esta expresión de “cultura popular” por defecto, en el sentido que le otorga el antropólogo Marcel Mauss, «es popular todo aquello que no es oficial». En coherencia con esta noción, habría que haber utilizado ese término en plural: fuera de “lo que es oficial”, solo existirían “culturas”, solo existirían mundos. Sólo cabría hablar de “cultura” toda vez que se reduce el concepto; un concepto dominado por el capital y la tecnología que le sirve para reproducirse. Ahora bien, es difícil apelar a las culturas populares cuando hasta nuestro imaginario más profundo está colonizado por la lógica mercantil.

¿Dónde han quedado los mitos y los sueños, dónde han quedado las leyendas y los cuentos, los cantos y los bailes, los dialectos y los argots, los juegos y los desafíos, las prácticas y las representaciones nacidas sobre el mantillo de la cotidianeidad popular? ¿Dónde ha quedado todo aquello que dotaba efectivamente de sentido a la vida de cada cual en el seno de una comunidad, todo lo que introducía una mediación colectiva entre el individuo y el universo en el seno de las clases trabajadoras? Estas formas de expresión que solo pertenecían a la plebe, y de las que nosotros, los marseleses, somos en mayor o menor medida depositarios, por desgracia nos han sido despiadadamente arrebatadas. Han quedado congeladas y almacenadas en el tiempo como si se tratara de disparates del patrimonio cultural de la humanidad. Terminan tarde o temprano en un museo, en un festival o en una revista *d'Arte*. Basta con ver cómo una ciudad que tenía tan mala reputación ha podido empezar a ponerse de moda en tan poco tiempo gracias a su “efervescencia cultural”.

Un siglo después de que Mauss lo formulara en su manual de etnografía, estas culturas –aunque preferimos decir estos mundos– han quedado aplastadas por el rodillo-compresor de la cultura. Ello no quiere decir que no puedan resurgir prácticas en su versión original, cuando estalle la revuelta: basta ver cómo, en ciertos países de América Latina, en este mismo momento, raperos y grafiteros expresan sin concesiones su cólera de la calle. En esos casos, ya no es una cuestión de “animación cultural”, sino de guerra social...

Esta es la razón por la que proponemos una definición de “la cultura” adaptada a nuestra época. Una nueva denominación. Designaremos no obstante bajo el término de “cultural” un dispositivo de gestión y de neutralización de las intensidades vividas. El hecho de que exista un Ministerio de Cultura y una miríada de agregados culturales en las ciudades debería atraer nuestra atención sobre el carácter estratégico de este dispositivo. De la misma manera, la importancia de los presupuestos culturales, de las instituciones eurocráticas y las instancias locales confirman esta hecho. Los pseudo-eventos como Marseille 2013 no son más que operaciones tácticas cuyo único fin, dejando de lado los objetivos económicos, es extender el control de este dispositivo sobre los cuerpos y las almas. Ocupar territorios de manera preventiva.

## El *fun*<sup>5</sup> sin fin

Es evidentemente difícil discernir los contornos de tal dispositivo, puesto que su característica fundamental es la elasticidad y su capacidad de insinuarse sutilmente. Los dispositivos disciplinarios de antaño bastaban a un sistema fundado sobre normas sencillas, ya fueran de fabricación o administrativas. La patria, el trabajo, véase la “edificación del socialismo”, dotaban de sentido de un modo sencillo e indiscutible. La eficacia del dispositivo cultural en cambio tiene la capacidad de disciplinar suavemente el cuerpo y las almas ofreciéndoles una gama de diversiones casi infinitas. El *fun* sin fin, tal es la norma anunciada en adelante bajo la égida del capitalismo convertido en festivo. Pero desvíense lo más mínimo, y los agentes de seguridad les reconducirán a la salida...

Los gurús diplomados en “economía del conocimiento”, tal como Richard Florida, ven levantarse un amanecer radiante sobre la “ciudad creativa”. No faltan emuladores de Richard Florida en Marsella en este momento: el papel de la cultura en una ciudad que constituía en parte un inmenso baldío industrial-portuario se hace así evidente. No solo en el sentido de los impactos directos que arrastra la animación cultural, sino en el sentido de que esta sirve de matriz apta para modos de producción post-industriales. La cultura, hasta aquí principalmente destinada a la esfera íntima, interior, invade el exterior y nos impone una cierta relación con el espacio.

Una operación como Marseille 2013 apunta a activar la afluencia de turistas y de neo-marselleses, esos nuevos colonizadores venidos de otros lugares. Apunta, de manera más general, a convertir a los mismos habitantes en turistas en su propia ciudad de la que han sido desposeídos. Los lugares habitados en los que encontraríamos la actividad humana en toda su profundidad, han dado lugar a un recorrido predefinido. Un itinerario *disneylandizado* y *museificado* jalonado de “creaciones” y de “eventos” programados, desconectados del universo concreto de prácticas y de representaciones populares. En resumen, un *parque de abstracciones*.

Una multinacional de transporte marítimo invade toda Marsella con la silueta arrogante de su sede social, bajo la apariencia de la originalidad del dibujo de la “arquiéstrella” Zaha Hadid. De la misma manera el búnker del MUCEM (Museo de las Civilizaciones Europeas y Mediterráneas) viene a suprimir toda vida sobre la explanada, a la entrada del puerto, que los habitantes del Panier y de la Joliette<sup>6</sup> se habían apropiado rápidamente una vez que se demolieron los hangares: las madres árabes y sus nenes, los chavales con sus monopatinés, los adultos que jugaban a la petanca; se echará a toda esa gente. Son, como sus equivalentes en otras ciudades, dos no-lugares indiferentes al contexto urbano destruidos bajo el manto de su revalorización. Simplemente, se supone que el MUCEM encerrará productos nobles, que no

<sup>5</sup> *N. de los T.*: En francés se utiliza este anglicismo en el lenguaje coloquial para referirse a algo divertido.

<sup>6</sup> *N. de los T.*: Le Panier y la Joliette son dos barrios populares de la ciudad de Marsella.

pueden comprarse sino solamente contemplarse. Las “civilizaciones” del Mediterráneo están vivas en sus prácticas en Marsella, incluso, por ejemplo, el trabendo [mercado negro] de Belsunce. En el MUCEM, serán reducidas a objetos. A fin de cuentas, ¿qué van a poder decirnos, enseñarnos estos objetos que no hubiéramos aprendido al frecuentar otros mediterráneos que pueblan la ciudad? Pensamos que este museo será una tumba.

---

### Una operación como Marsella 2013 apunta a activar la afluencia de turistas y de neo-marselleses, esos nuevos colonizadores venidos de otros lugares

---

Sin embargo, no basta con que nos inunden los productos culturales; se pretende que nos movilizemos con regularidad en defensa de la cultura, que suponemos siempre expuesta a la avidez mercantil. Argüimos en esas ocasiones sobre el carácter “desinteresado” del arte. Una clase social, subvencionada y patrocinada, que retiene el monopolio de la palabra –porque la cultura también es eso– amonesta a la clase acomodada: «la cultura no es una mercancía». ¡Como si estuvieran a salvo eternamente de la penetración de las relaciones de producción capitalistas en todas las esferas de actividad! Tan pronto recortemos las subvenciones de un teatro, los profesionales del teatro se apresurarán en denunciarlo como fascismo. Nosotros no vemos en ellos más que a pequeños pretenciosos que defienden sus prebendas. En realidad, la cultura es desde hace tiempo una apuesta suficientemente importante para que valga la pena financiarla a pérdida.

En primer lugar, porque las “recaídas económicas” justifican tales inversiones públicas o tales patrocinios, algo que no dejan de repetir desde hace años quienes hablan de reconciliar negocio y cultura, discurso evidentemente amplificado con la llegada de 2013. En segundo lugar, y sobre todo, porque los beneficios generados escapan de hecho a todo cálculo contable empresarial: la cultura define a un sector reputado y de interés público, como la energía o la seguridad. Lo que importa es que lo cultural sea también en última instancia una empresa de limpieza sistemática de las minas ideológicas. Tanto es así que ya ni siquiera estamos denunciando la comercialización de la cultura, sino la intención política del imperativo “cultural”.

La relación con el mundo que se construye a través de lo cultural es de una naturaleza que vacía toda cosa de su energía y su verdad; la World Music es un ejemplo particularmente flagrante. Esta invasión de lo social por lo cultural es tal que es fácil advertir en ella una operación encaminada a la producción artificial del “vínculo social” allí donde ha desaparecido toda forma de vida social. Porque aquello que persistimos en definir como “sociedad” es en primer lugar la aglutinación, sin debate ni contradicción, de gentes que no tienen ya nada en común. La uniformización de todas las gentes por la vía de normas de comportamiento, de

las que una de las más evidentes es la equivalencia general de los gustos y las opiniones individuales; hay para todos en el vasto mercado de productos culturales. No basta con atomizar a los seres humanos, también hace falta tenerlos agrupados, que no reunidos. El procedimiento de aglutinación consensuada está en el núcleo del dispositivo cultural.

La vida entera en la ciudad se anuncia en adelante como una inmensa acumulación de bienes y de acontecimientos culturales. En el momento en que la existencia en la metrópolis capitalista aparece totalmente desprovista de todo sentido, la cultura aglutina a las criaturas atomizadas que pueblan el espacio metropolitano –que lo pueblan, por defecto de poderlo habitar. Es un divertimento supuestamente dotado de sentido, al contrario que la televisión más abiertamente comercial o que el fútbol. Cada cual efectúa su tranquilizador distanciamiento del mundo, que contempla desde su singularidad, desde una mirada singular, abierta, tolerante e incluso curiosa, pero que no pasa de ser eso, una mirada. Aquí la cultura no usurpa su nombre, se trata de cultivar algo, en esta ocasión la mirada. La cultura nos sumerge en el espectáculo del mundo. La suspensión indefinida de las hostilidades, tal es el contenido de lo cultural en nuestra época. Los artistas enchufados son los nuevos bufones de la corte que deben disputarse las migajas que sus nuevos patronos, bajo el nombre de *sponsors*, les echan.

El precio a pagar es evidente, y tomamos conciencia de ello cuando traspasamos la atmósfera asepticada que tiende a envolver Marsella desde hace una quincena de años. Es la pérdida de toda intensidad. Ahora bien, por más que un ciudadano se preste hasta el infinito a todos los estímulos sensoriales e intelectuales, nunca llegará a liberarse, más allá de un instante, de la jaula de hierro en la que precisamente todo el edificio de la cultura clásica apuntaba a encerrar el yo. El círculo se cierra sobre el desgraciado. Este círculo tiene un nombre, la estética. Es el lubricante sin el cual los productos culturales no sabrían presentarse en el mercado. La estética está en primera línea de esta estrategia. Pretende reencantar un mundo irrevocablemente desencantado. Así, si las formas “espectaculares e innovadoras” de la torre CMA-CGM y del MUCEM atraen la mirada admiradora de las gentes cultivadas, a nosotros, estos “grandes gestos arquitectónicos” nos parecen un corte de mangas a nuestra historia e identidad.

El dispositivo cultural impone una mirada distanciada; en realidad, nos impone atravesar como ausentes este inmenso hipermercado de productos culturales, como quien atraviesa una galería comercial. Se nos invita a asistir a una proyección, una “performance”, una conferencia, un evento. La cultura transforma a los habitantes de una ciudad en asistentes a un acontecimiento, pero también cabría verlos como “asistentes” que acuden a contemplar los esfuerzos que despliegan las autoridades para ayudarles a sufrir sin rechistar su triste vida ciudadana. Este año, nos felicitaremos, tal acontecimiento cultural ha conocido una “asistencia récord”.

Y el lugar de aglutinamiento, queda desierto tan pronto termine el festival, deberá esperar a otra programación cultural para volver a ocuparse.

Los valores de la tolerancia que parece preconizar la cultura con frecuencia no son más que la sanción de una carencia pura y dura: una equiparación general de productos culturales, que piden la misma indulgencia como garantía de su carácter inofensivo. La tolerancia puede ser una manifestación de inteligencia, pero también puede ser una manifestación de indigencia intelectual. De la misma manera que en la contemplación mística, el creyente sublima deseos que ni siquiera quiere nombrar, con el consumo cultural el ciudadano se transporta a un universo cerebral libre de toda amenaza negativa, basta con ver el nivel de vigilancia desplegada en los “eventos culturales” .

El “*bobo*”,<sup>7</sup> ese gran consumidor de productos culturales, puede así pasearse por las culturas de los otros, él mismo privado de todo calado cultural. Las culturas, en el sentido que le otorgaba la antropología de antaño, se abrían sobre mundos: hoy, la circulación en todas las direcciones de los productos culturales más diversos nos devuelve invariablemente a un solo mundo. Por eso, actualmente la *museificación* desborda el espacio urbano donde produce auténticos parques temáticos. Hemos visto un barrio popular como el del Panier atacado desde el interior por el Museo de la Caridad. La secuencia lógica de esta *turistización* cultural (la Caridad, sus exportaciones y sus conferencias, las callejuelas de alrededor y su aspecto “típico y pintoresco”), es como la serie de televisión *Plus belle la vie* (la vida más bella): un barrio de cartón piedra que se vuelve cotidiano para millones de telespectadores. El círculo se cierra. La estética del “barrio marsellés” es el golpe de gracia contra los últimos habitantes de Panier –aquellos que resisten a pesar de todo robando sistemáticamente en los apartamentos de los recién llegados, “*bobos*” y artistas de todo pelaje venidos para instalarse en una barrio “tan típico y pintoresco”.

Si es preciso ofrecer resistencia cultural en la ciudad, no es solamente porque permite y conlleva operaciones como «Marsella 2013 capital europea...», dirigidas contra un cierto modo de ocupación del territorio, sino porque entendemos justo restituir para el uso común algo que se ha evaporado en la esfera de la diversión culturalista.

---

<sup>7</sup> Abreviatura de la expresión inglesa *bourgeois bohemian*, burgués bohemio.